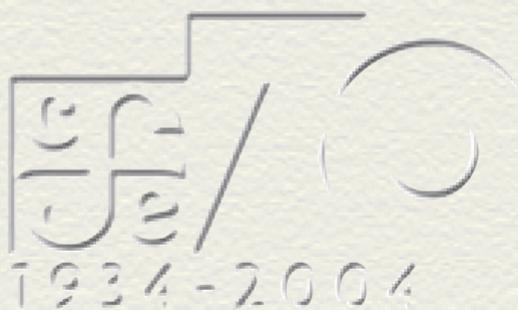


EL ROMANTICISMO SOCIAL

ROGER PICARD

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA • 70 AÑOS



COLECCIÓN CONMEMORATIVA
70 ANIVERSARIO

23

Roger Picard
El romanticismo social

ROGER PICARD

EL ROMANTICISMO SOCIAL

Traducción
BLANCA CHACEL



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Edición conmemorativa 70 Aniversario, 2005

[Primera edición en libro electrónico, 2012]

Picard, Roger

El romanticismo social / Roger Picard ; trad. de Blanca Chacel. — 3ª ed. — México : FCE, 2005

359 p. ; 21 × 14 cm — (Colección Conmemorativa 70 Aniversario ; 23)

Título original: *Le Romantisme social*

ISBN 978-968-16-7644-5

1. Romanticismo — Francia 2. Literatura francesa — Siglo XIX — Historia y crítica I. Chacel, Blanca, tr. II. Ser. III. t

LC PQ287 P5518

Dewey 809.91 P586r

Primera edición en francés, 1944

La primera edición del FCE fue publicada en 1947

Título original:

Le Romantisme social

© 1944, Bretano's, Nueva York, París

D. R. © 2005, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. 55-5227-4672

Editor: MARTÍ SOLER

Diseño de forro e interiores: MAURICIO GÓMEZ MORIN / FRANCISCO IBARRA

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra

—incluido el diseño tipográfico y de portada—,

sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,

sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN 978-968-16-7644-5 (rústica)

ISBN 978-607-16-3560-0 (electrónico-pdf)

ISBN 978-607-16-0902-1 (electrónico-epub)

Hecho en México • *Made in Mexico*

ÍNDICE GENERAL

Prefacio, 11

PRIMERA PARTE

EL ROMANTICISMO SOCIAL, 13

I. *La batalla romántica*, 15

La definición del romanticismo. Clásicos y románticos. Los adversarios del romanticismo.

II. *Los aspectos sociales del romanticismo francés*, 33

Carácter nacional del romanticismo francés. Elementos esenciales del romanticismo francés.

III. *Literatura y sociedad*, 44

Por qué apareció en Francia el romanticismo. Poetas y reformadores: El romanticismo social.

SEGUNDA PARTE

EL PENSAMIENTO SOCIAL DE LOS ESCRITORES ROMÁNTICOS, 59

I. *La misión del poeta*, 61

Las aspiraciones de la juventud romántica. La doctrina de “el arte por el arte” es repudiada. El poeta tiene una vocación social. Los clásicos lo habían dicho ya. El “siglo de las luces” lo había confirmado. Los románticos lo proclaman con entusiasmo. Testimonios de Nodier, de Sainte-Beuve y de Balzac. La vocación de Lamartine y de Vigny. Victor Hugo y la “función” del poeta. Siempre tuvo conciencia de que era un profeta. Los magos. Dios, los poetas y el destino del mundo.

II. *Lamartine, poeta social y pensador político*, 84

Los años de estudio, la vida amorosa y mundana de Lamartine. La vocación social se despierta. El viaje a Oriente. Política y poesía mezcladas. *L'histoire*

des Girondins y la enseñanza social del pueblo. El poeta y los partidos políticos. Su realismo social. Política racional y misión del poeta. Justicia social. Un alma noble.

III. *Las ideas sociales de Alfred de Vigny, 99*

Primeros conceptos sociales. Cómo se forma el alma de un poeta. *Cinq-Mars*, una novela más política que histórica. La revolución de 1830 y su influencia sobre el pensamiento de Vigny. *Stello* y el *Docteur Noir* o los dos hombres que hay en Vigny. Una carrera política abortada. El retiro a la torre de marfil.

IV. *Victor Hugo, hombre político y poeta social, 110*

La poesía política en la obra de Victor Hugo. 1830: los comienzos de su carrera política. 1848: el poeta en la Asamblea. El golpe de Estado, el exilio y la vuelta. ¿Fue Hugo socialista? Es liberal, republicano y demócrata. Sus pretendidos cambios políticos: necesidad de evolucionar. La verdadera unidad de su acción política reside en sus sentimientos democráticos. Valor y desinterés del poeta. Preeminencia de lo social. La poesía social y la actualidad en Hugo. El sentimiento de los sufrimientos humanos y de las injusticias sociales. La piedad de Victor Hugo es ilimitada. Hacia lo sobrenatural y hacia la religión por la piedad. Justicia, bondad, optimismo.

V. *Un poeta popular: Béranger, 134*

El poeta del pueblo. Béranger, hombre político a pesar suyo. La reforma social. La moral de la felicidad. Amor, bondad, piedad. La religión de Béranger, poeta romántico y poeta social.

VI. *La poesía romántica, la ciencia y la Revolución industrial, 145*

El renacimiento científico y poético del siglo XIX. El romanticismo tiene fe en la ciencia y la exalta. Los comienzos del maquinismo y las transformaciones sociales. La fealdad y la belleza de las máquinas. Poetas reacios y poetas entusiastas. La máquina liberadora. Belleza de la utilidad. Miserias sociales debidas al maquinismo y piedad romántica. Filosofía social del maquinismo. La poesía social ha conquistado el derecho de ciudadanía.

VII. *Los novelistas sociales, 165*

Poder de la novela sobre el espíritu del lector. Las diversas formas de la novela social: la descriptiva y la ideológica. La intriga novelesca da cabida a la doctrina social. La novela social ante el romanticismo. Las novelas histórico-sociales. Novelas de la fe y novelas del pueblo. Humanitarismo y feminismo. El éxito de las novelas sociales y su probable influencia. Balzac, romántico social. Las novelas sociales de Victor Hugo.

VIII. *George Sand, novelista social, 184*

El sentido social aparece desde sus primeras novelas. Todos los partidos tra-

tan de atraerla. Las influencias dominantes: Michel de Bourges, La Mennais, Pierre Leroux. Las grandes novelas sociales de George Sand. Sus doctrinas sociales son dispares. Su unidad está en su corazón amante. Después de 1848: la desilusión. El idealismo subsiste, pero la predicación doctrinal ha terminado. Influencia de G. Sand sobre su tiempo.

IX. *El teatro social del romanticismo*, 198

El inmenso éxito del teatro romántico. La Francia romántica de 1830. Hernani, drama social. El drama histórico de tesis política. El drama moderno y los problemas sociales. El pueblo en escena. Los problemas femeninos. Defensa de los “fuera de la ley”, de los “miserables”. El teatro social del romanticismo es moralizador.

TERCERA PARTE

EL ROMANTICISMO DE LOS PENSADORES SOCIALES, 211

I. *Los historiadores románticos*, 213

El siglo de la historia. Chateaubriand y Napoleón dan impulso a las vocaciones históricas. Los historiadores no románticos. Color local y filosofía social. La historia y los partidos políticos bajo la Restauración. La historia narrativa; la boga de la erudición. Barante y la crónica histórica. Agustín Thierry describe y explica. Los historiadores filósofos y su profeta, Victor Cousin. Guizot, romántico y “burgués”. Quinet, poeta, ensayista e historiador. Dos fechas: 1830, el apogeo, y 1848, la caída. Michelet, renovador de la historia. La revive, se exalta y toma partido. Su sensibilidad. Su amor a Francia. Michelet, visionario y poeta romántico.

II. *El romanticismo sansimoniano*, 236

Románticos y reformadores. La vida agitada y ferviente del conde de Saint-Simon. Carlomagno, Lafayette, Washington. Un hombre de negocios idealista. La miseria y la gloria. El romanticismo de Saint-Simon. Filosofía general e ideas prácticas. Los discípulos; entusiasmo y fe. Propaganda y escándalo. Sansimonismo y poesía.

III. *Fourier, reformador y profeta*, 251

Fourier y Saint-Simon. La sensibilidad de Fourier. Su imaginación exaltada. La analogía universal y las “correspondencias”. Psicología y apología de las pasiones. Amor y “gastrosofía”. La atracción apasionada, revelada a Fourier por Dios y por Fourier a los hombres. La reconstrucción de la sociedad y la conquista del globo. La cosmología fourierista. Influencia de Fourier.

IV. *Los pequeños profetas del socialismo romántico*, 267

La vida apasionada y ferviente de Pierre Leroux. El apóstol de la fraternidad. Su influencia. Los fundadores de las colonias socialistas: V. Considé-

rant. La *Icaria* de Cabet. Los profetas cósmicos: Reynaud, etc. Los fundadores de sectas: Jupille el “talisiano”, Tourreil el “fusionista”, Ganneau el “evadamista”. Los fundadores de iglesias: el abate Chatel. Un apóstol del fourierismo: J. Journet. El fin de las utopías.

V. *Estética socialista y obreros poetas*, 287

Literatura social y autores populares. El papel social del arte en la ciudad sansimoniana del porvenir. Los poetas de la secta. Fourier y la poesía, los fourieristas y los poetas. Los bardos de la escuela societaria. Pierre Leroux, amigo de los románticos. *Le Globe*. Una floración de obreros poetas en 1830. Sus temas favoritos: el trabajo, el progreso y la justicia. Romanticismo y alma popular.

VI. *Romanticismo y feminismo*, 311

El feminismo según el evangelio sansimoniano. Los excesos de la doctrina. Cisma y proceso. Fourier y Cabet feministas. Los periódicos femeninos y sus campañas. Las musas románticas. Un apóstol del feminismo: Flora Tristan. La acogida mitigada de los escritores. Los límites exactos del feminismo de George Sand. La exaltación de la mujer en los grandes líricos. La consagración de la mujer.

VII. *Romanticismo y revolución*, 329

¿Es el romanticismo la causa de las revoluciones? Afinidad entre romanticismo y socialismo sentimental. Los románticos, admiradores de 1789. La juventud romántica de las escuelas en las barricadas. La decoración de las revoluciones. El balance revolucionario del romanticismo.

Conclusión, 339

El romanticismo y la sociedad de su tiempo. La literatura y las costumbres. El romanticismo fue eminentemente social. Expresó los sentimientos y las aspiraciones del pueblo. El porvenir del romanticismo social.

Noticia bibliográfica, 347

Índice de nombres, 351

PREFACIO

EL PRESENTE TRABAJO SE DERIVA DE LA HISTORIA SOCIAL DE LA literatura; en él no se estudian las obras literarias en su esencia, es decir, por su valor estético propiamente dicho o por el lugar que ocupan en lo que se ha llamado “la evolución de los géneros literarios”. Yo las considero por el contenido social que poseen o por el alcance social que hayan tenido, haciendo progresar las ideas relativas a los problemas planteados por una sociedad que va adquiriendo conciencia de sus imperfecciones, de sus necesidades de reforma y de las exigencias de su porvenir.

Con sólo leer el índice se puede ver cuál es mi plan. Por una parte, he querido hacer resaltar las preocupaciones sociales de los grandes poetas, novelistas y dramaturgos románticos, y por otra demostrar hasta qué punto inspiró el espíritu romántico a los escritores de la época 1815-1850, que estudiaron la sociedad en su historia, en su estado actual y en sus destinos futuros.

Tanto en 1815 —después de veinticinco años de revolución y de guerra— y en 1830, como en 1848, se vio Francia, y también otros países, ante una tarea general de reconstrucción, y para realizarla necesitaba urgentemente una sociedad mejor organizada. Como aún hoy en día vemos renacer los sentimientos, las esperanzas y también las ilusiones de los románticos, puede quizá considerarse, y me atrevo a creer que es así, que aunque este libro nos lleva cien años atrás, no carece de actualidad ni desconoce las realidades del mañana.

PRIMERA PARTE

EL ROMANTICISMO SOCIAL

I. LA BATALLA ROMÁNTICA

*Dis-nous, mil huit cent trente,
Époque fulgurante,
Tes rêves, tes ardeurs
Et tes splendeurs.¹*

BANVILLE

*La definición del romanticismo.—Clásicos y románticos.—
Los adversarios antiguos y modernos del romanticismo.*

LA DEFINICIÓN DEL ROMANTICISMO

SÉBASTIEN MERCIER, QUE ASISTIÓ AL NACIMIENTO DEL ROMANTICISMO, decía ya en 1801, en su *Neología*: “El romanticismo no se define, se siente”. Lo mismo sucede con muchas otras nociones, que son precisamente aquellas en torno a las cuales más se discute, si es que no llega uno a batirse por ellas. La discreción recomendaría quizás evitar la discusión sobre el sentido de la palabra romanticismo, pero ¿cabe tener una discreción perfecta cuando se estudia un periodo literario y social como éste, que tan a menudo parece carecer de ella?

Lo que hay que hacer, según el consejo de Voltaire en materia de artes y letras, es “guardarse mucho de esas definiciones engañosas, por medio de las cuales nos atrevemos a excluir todas las bellezas que nos son desconocidas o que la costumbre no nos ha hecho familiares”. El miedo a lo nuevo, así como el amor inmoderado que suscita en ciertas almas, tuvo mucha parte en la batalla que se entabló en torno al ro-

¹ Dinos, mil ochocientos treinta, / época fulgurante, / tus sueños, tus ardores / y tus esplendores.

manticismo, a sus obras, a su “estado civil” y a su verdadera naturaleza. Los prejuicios y las exclusiones, esas “plagas de las artes”, como decía el romántico Émile Deschamps, han embrollado durante un siglo todo el problema de la definición del romanticismo.

Sin que queramos volver a escribir la historia del romanticismo, cosa que ya se ha hecho varias veces y satisfactoriamente, necesitamos sin embargo repasarla rápidamente, aunque no sea más que para precisar bien el tema de este estudio. Los lectores que tengan curiosidad por profundizar en la etimología de la palabra y en los cambios de su significado pueden consultar la memoria de Alexis François (*Anales J. J. Rousseau*, 1909) y los *Mélanges Baldensperger* (1930, t. 1), donde se trata con amplitud el tema.

Baste con recordar aquí que la palabra “romántico” parece haber surgido por primera vez en la *Cinquième reverie du promeneur solitaire*, pero que Juan Jacobo la emplea allí indistintamente con la palabra “novelesco”, para calificar los mismos paisajes. Otros han admitido también la sinonimia, como por ejemplo Delille, que, al reeditar en 1802 sus *Jardins*, ya publicados en 1782, sustituye por la palabra “romántico”, que está entonces más en boga, la de “novelesco”, al hablar, por ejemplo, de:

Esos románticos lugares que han cantado los poetas.²

En realidad, por próximos que estén uno de otro esos dos términos, no dejan sin embargo de hablar de manera diferente al espíritu: “novelesco” hace pensar en la aventura, en lo artificial, en lo pintoresco; mientras que “romántico” evoca la melancolía, la inclinación al ensueño, la aspiración al ideal, y también el encanto del pasado recordado por sus ruinas y el misterio de la naturaleza. Sobre cada una de esas palabras se han formado frases hechas y tópicos que, en cuanto al romanticismo, se refieren a todo lo que tiene relación con el género trovadoresco y con lo fantástico, llegando hasta las manifestaciones de las más vivas pasiones y a las más elevadas aspiraciones del sentimiento humanitario e incluso religioso.

² Romántico (*romantique*) y novelesco (*romanesque*) son, en francés, dos palabras bastante parecidas, a lo que sin duda se debe el empleo de una por otra de que habla el autor. [r.]

Prescindiendo de esta confusión ilegítima entre las dos palabras, las definiciones del romanticismo han sido tan abundantes que ha habido algunos historiadores de la literatura, como G. Michaut, P. Trahard y otros, para los cuales ha constituido un entretenimiento coleccionarlas y oponer unas a otras. *Le Globe*, que de 1824 a 1831 fue un órgano puramente literario, antes de hacerse sansimoniano, dio tantas definiciones del romanticismo como redactores tenía que se sintieran interesados por el tema. Pero esta variedad es explicable, ya que las obras de esa escuela, entonces nueva, no salieron todas a la luz al mismo tiempo; la doctrina literaria de los autores jóvenes se iba formando poco a poco, al tanteo, por medio de afirmaciones que eran corregidas constantemente; y así resulta que las definiciones que se han dado del romanticismo han podido variar e incluso contradecirse, sin llegar a excluirse por completo. Cada uno ha puesto en ellas no sólo lo que la realidad de las obras podía justificar, sino también sus propias aspiraciones, y todo lo que un lector pueda añadir de su cosecha a lo que lee. Todo lo cual no es más que la prueba de la riqueza del romanticismo, de su inagotable contenido y de su aptitud para abrir perspectivas que siguen atrayéndonos y que no dejaremos jamás de explorar. El presente libro, bueno o malo, viene a añadir un testimonio más.

De todas las definiciones del romanticismo, la más célebre fue la agudeza de Stendhal, en su *Racine y Shakespeare* (cap. III), y la más justa, la más luminosa, fue sin duda la de Victor Hugo, en el prefacio de *Hernani*. Tanto en una como en otra hay algo que merece retenerse, y por ello voy a recordarlas.

“El *romanticismo*, según Stendhal, es el arte de dar a los pueblos las obras literarias que, en el estado actual de sus costumbres y de sus creencias, son susceptibles de proporcionarles el mayor placer posible. El *clasicismo*, por el contrario, les da la literatura que más gustaba a sus bisabuelos.” Considerándolo bien, dice en otra parte, todos los grandes escritores han sido románticos en su tiempo —y cita a Sófocles y a Eurípides—, y los clásicos no vienen a ser más que sus imitadores en los siglos siguientes. Sería más justo decir que los antiguos románticos, así considerados, se convierten en clásicos cuando sus obras entran de tal manera en el patrimonio literario de su país que llegan a ser tipos y modelos dignos de imitación; mientras que los imi-

tadores no son más que seudoclásicos. En esto es en lo que Stendhal se equivocaba; pero de su definición del romanticismo hay que retener su carácter histórico, y sin hacer como él de la palabra “romántico” el sinónimo de “contemporáneo”, hemos de admitir que el romanticismo fue una época histórica del movimiento literario francés y europeo. Y antes de investigar lo que caracterizó ese periodo y sus producciones, recordaremos, por ir realmente al fondo de las cosas, la definición que de él dio varias veces Victor Hugo, sin que por ello la adoptemos completamente ni agotemos todo su contenido.

“El romanticismo, tan a menudo mal definido, dice el poeta, no es en el fondo, y ésta es su verdadera definición, más que el *liberalismo* en la literatura... La libertad en el arte, la libertad en la sociedad; ése es el doble fin a que deben tender por igual todos los espíritus consecuentes y lógicos. Ya hemos salido de la vieja fórmula social; ¿por qué no hemos de salir también de la vieja fórmula poética?” He insistido en citar entero el pasaje porque tiene para nosotros un interés particular, ya que en él no sólo se define, con elegante brevedad, el romanticismo literario, sino que además queda indicado el romanticismo social cuyos contornos tendré que precisar. Pero antes habrá que llevar más lejos el análisis del romanticismo, en el más amplio sentido del término; puesto que si se admite que el romanticismo designa una generación literaria, un “movimiento” o una escuela que comprende o agrupa a la vez las letras, las artes y todo el pensamiento de una época, es necesario explicar lo que ha constituido la característica de esa época y cuáles son los signos por los que se reconoce que un pensador social o un poeta fue romántico. Pero, en primer lugar, hay que delimitar el periodo aquí estudiado.

En los últimos veinticinco años se han consagrado muchos libros a la búsqueda de las fuentes y los orígenes del “prerromanticismo”. Sin remontarnos como el barón Seillière, en “sus libros afortunadamente innumerables” —como decía el abate Bremond—, hasta los tiempos más remotos, hay que reconocer que el prerromanticismo existe. ¿Debe incluirse en esa etapa a Chateaubriand y a Mme. de Staël, o bien hay que mencionarlos con los primeros fundadores del romanticismo propiamente dicho? Sobre este punto siguen discutiendo los especialistas, sin que hayan podido ponerse de acuerdo.

Yo me inclino a fijar los comienzos del periodo romántico entre 1815 y 1820, época en que aparecieron las *Meditaciones*, las primeras *Odas* y las obras de André Chénier, y a terminarlo entre 1848 y 1852, época en que empieza a formarse una nueva sociedad, en que triunfa el realismo en la literatura, en que los estudios sociales tratan de convertirse en ciencias y en que el lirismo romántico ha dejado de renovar sus temas y sus expresiones. Si quisiéramos subdividir esos treinta años, tendríamos el periodo del romanticismo militante, de 1815 a 1830, el del triunfo, que va de 1830 a 1843 (fracaso de *Los burgraves*) y el del ocaso, que empieza hacia 1848. A partir de 1830 queda formada en la escuela la unidad de gustos y de propósitos, se reconoce a los jefes y la magnífica cosecha de obras maestras se renueva durante 15 años. Más tarde otras generaciones llegan a la edad adulta, que es la de escribir y tomar partido, y los sentimientos se transforman, y se considera la vida desde otros puntos de vista; el pasado muere y se necesita algo nuevo.

Las grandes escuelas sociales, salidas de las mismas inspiraciones que el romanticismo, no aportan nada nuevo a partir de 1848, y los iluminados que formaban su cortejo entran en la sombra y en el silencio. En literatura sobreviven algunos románticos impenitentes, pero el mismo Hugo, aunque sigue aumentando su gloria y no deja hasta su muerte de producir obras maestras, no enriquece ya el lirismo romántico con ideas o imágenes nuevas; *Les quatre vents de l'esprit*, *Toute la lyre* no hacen más que repetir los temas de *Contemplations* y de las colecciones de versos que les habían precedido.

En un encantador poema escrito para que sirviera de prefacio a la *Bibliografía romántica* de Charles Asselineau (1866), el buen poeta Théodore de Banville se rendía a la realidad. En su *Alba romántica*, después de haber evocado los días de 1830:

Mil huit cent trente, Aurore
Qui m'éblouit encore,
Promesse de destin
*Riant matin*³

³ Mil ochocientos treinta, Aurora / que me deslumbra todavía, / promesa de destino / risueña mañana.

el poeta dedica un recuerdo a todos aquellos que brillaran bajo esa “aurora”; luego se recobra, vuelve a la realidad y suspira:

*Mais hélas! ou m'emporte
Le songe? Elle est bien morte
L'époque ou nous voyions
Tant de rayons.*⁴

No nos hagamos pues más ilusiones que Banville. Este libro, salvo excepción, no irá más allá de 1850. Suponiendo que en un estudio puramente literario se prestase a controversia esa fecha, me parece que, para un estudio consagrado al romanticismo social, la Revolución de 1848 y el principio del Segundo Imperio marcan un giro en la evolución del pensamiento y de la acción; lo que por otra parte no significa que se haya agotado en Francia el temperamento romántico, y creemos incluso que todo lo que contiene de esperanza, de generosidad y de poder, reaparecerá y sabrá encontrar su empleo para construir el porvenir de nuestro país.

CLÁSICOS Y ROMÁNTICOS

Solamente precisando los caracteres del romanticismo literario estaremos en condiciones de definir los del romanticismo social, de mostrar sus elementos y de determinar el papel desempeñado por éstos en el periodo que estamos considerando. El romanticismo, como todos los hechos sociales importantes, se colocó en oposición; pretendió ser la antítesis del clasicismo y así fue considerado. No todo es falso en esa pretensión y en ese juicio, pero bajo las oposiciones exteriores de los dos periodos existe entre ellos una continuidad, si no una unidad, y junto a los aspectos marcados por la huella de su época, el romanticismo francés —ya que es éste del que aquí tratamos— lleva en sí caracteres que pertenecen al espíritu profundo de nuestra vida intelectual nacional.

⁴ Pero ¡ay!, ¿adónde me lleva / el sueño? Bien muerta está / la época en que vimos / tantos rayos de luz.

¿Es realmente cierto que el clasicismo tiene el monopolio de la moral y de la razón y que deja al romanticismo sometido a la esclavitud de la pasión dominadora? ¿Es cierto que el primero es objetivo y universalista, mientras el segundo no se consagra más que a lo variable y a lo singular? ¿Es cierto que el uno da nacimiento a la literatura realista y natural mientras el otro se complace en lo irreal y lo novelesco? ¿Están sólo de un lado la reflexión y el comedimiento, el amor a las ideas claras y distintas, el respeto a las reglas, la afición a lo perfecto y acabado, mientras que del otro no se ve más que abandono a la inspiración difusa, ampulosidad y énfasis en lo vago, lo inquieto y lo indefinido?

Estas oposiciones nos parecen en gran parte injustas y ficticias; pero en la época del gran debate entre los románticos y los defensores de los clásicos se vio cómo los primeros llegaron a dudar de sí mismos en cuanto a sus propias cualidades, y el mismo Nodier, alma del Cenáculo romántico, escribió en sus *Mélanges de littérature et de critique*: “El ideal de los... poetas clásicos... se cifraba en las perfecciones de nuestra naturaleza, mientras que el de los poetas románticos está en nuestras miserias”. Hay que decir, en disculpa suya, que escribió aquello a propósito de *El vampiro* de Byron, que, además, es una obra apócrifa.

Estaba mucho más inspirado cuando, en 1821, en *Le Mercure*, terminó un examen de esa cuestión con estas palabras: “Convengamos en que el romanticismo pudiera no ser más que lo clásico de los modernos, es decir, la expresión de una sociedad nueva que no fuera ni la de los griegos, ni la de los romanos” (citado por C. des Granges, *La presse littéraire sous la Restauration*, p. 216). C. Nodier se refería entonces a las ideas de Mme. de Staël sobre las afinidades que existen entre la literatura y la sociedad: “a veces se toma la palabra *clásico* como sinónimo de perfección —decía Mme. de Staël—; yo la empleo aquí completamente de otro modo, considerando que la poesía clásica es la de los antiguos, y la romántica la que se deriva en cierto modo de las tradiciones caballerescas”. Para Mme. de Staël el verdadero problema consistía en alejar a la joven generación literaria de la imitación de los antiguos, obra estéril, y en animarles a extraer su inspiración de las tradiciones nacionales, vivas y todavía fecundas, a las que los románticos habían de añadir —y fue en esto en lo que fueron “sociales”— las inspiraciones nacidas de las visiones del porvenir y de sus llamamientos al alma humana.

Poco a poco, a través de las polémicas, se fue llegando a la conclusión de que clasicismo y romanticismo no tienen más que un valor histórico y no designan más que unos periodos de nuestra historia intelectual, y que, por otra parte, así como fue para sus contemporáneos un revelador de las tendencias oscuras de su época, pareciendo como tal romántico en el sentido stendhaliano de la palabra, se vio luego incorporado a los clásicos, ya en razón de la precisión de sus ideas, ya a causa de su perfección artística; por ello ha sido posible buscar y encontrar tantas semejanzas y tantas diferencias entre clásicos y románticos. Émile Deschanel nos ha mostrado, en una obra que contiene menos de lo que promete, “el romanticismo de los clásicos”; y hoy día, después de un siglo de decantación del romanticismo, nos inclinamos a invertir la fórmula.

A decir verdad, numerosos son los lazos de continuidad que existen entre los unos y los otros, y los mejores espíritus de aquel tiempo los vieron, o sospecharon su existencia en la aurora misma del romanticismo. Fue en 1819 cuando la Academia de los Juegos Florales propuso la siguiente pregunta: “¿Cuáles son los caracteres distintivos de la literatura a la que se ha dado el nombre de romántica y *qué recursos puede ofrecer ésta a la literatura clásica?*” En 1825 el autor (que hasta ahora no ha podido ser identificado) de un *Ensayo sobre la literatura romántica*, aunque reconocía la existencia de dos corrientes distintas, no juzgaba que fueran opuestas, y J. J. Ampère, al hacer un informe sobre esta penetrante obra en *Le Globe*, felicitaba al autor por haber resuelto el antagonismo ficticio que crearon los prejuicios y susceptibilidades del momento.

Del mismo modo, no era realmente contra el espíritu clásico y las obras maestras que había producido contra lo que reaccionaban los románticos, sino que se levantaban solamente contra los que, persistiendo en imitar a aquellos sin renovarlos, no producían más que una poesía abstracta o didáctica, seca y monótona en su forma. Abandonaban aquella literatura que había agotado sus asuntos, sus imágenes y sus inspiraciones y querían pedir al sentimiento, a la historia y a las tradiciones nacionales, a la religión cristiana, así como también, y secundariamente, al exotismo o a lo fantástico, temas y efectos nuevos, tratados con entera libertad de medios.

El llamamiento a la imaginación y a la pasión, y la magnificencia, a veces un poco recargada, del estilo, que caracterizan las obras románticas, es motivo de que se intente relacionarlas con la corriente sensualista que se deriva de Locke. En cambio, los clásicos, gracias a la soberanía de la razón, a la sobriedad de la expresión que en ellos domina, pueden formar la posteridad de Descartes; pero tal simplificación sería a la vez incompleta e inexacta. Sería incompleta porque el arte romántico implica algo más que esa sensualidad y cae de lleno dentro del idealismo moral, ya se trate de los dramas de la conciencia individual, ya de los problemas de la vida social. Sería inexacta, puesto que los clásicos están lejos de carecer de sensibilidad —en Racine desbordaba— y los románticos de razón, como lo prueba Vigny por sí solo. La sensibilidad estaba ya tan “inventada” en el siglo XVIII que ha habido que hablar de “prerromanticismo” para dar cuenta de toda la corriente literaria inseparable del nombre de J. J. Rousseau. *Los maestros de la sensibilidad moderna* —cuyo es el título de la bella obra en cuatro volúmenes de P. Trahard— pertenecen al siglo que fue por excelencia el de la razón y de las “luces”.

Así pues, románticos y clásicos están más cerca unos de otros de lo que se acostumbra creer. Los primeros amaron el color local y lo individual, pero no dejaron de ver los aspectos eternos del alma humana; los segundos, afanosos por pintar al hombre universal, no dejaron por ello de buscar lo sublime y lo heroico, y en esto son románticos. Pero depuran sus personajes y podan su estilo, mientras que los románticos son inagotables y quieren mostrar todas las facultades humanas en acción. Los románticos describen con profusión, y los clásicos “estilizan”, según la justa expresión de Henri Peyre (*Qu'est-ce que le classicisme?*). Unos y otros no hacen más que profundizar en el hombre, y en realidad su poesía expresa los mismos lugares comunes, que son el eterno tema de toda poesía.

Por lo tanto, es posible, y así lo creemos nosotros, que el romanticismo no haya sido solamente una gran época de la literatura francesa o incluso un hecho europeo, de 1780 a 1848, bajo los diversos aspectos que toma del gusto, de las tradiciones, de las costumbres de distintos países (véase Van Tieghem, *Le mouvement romantique*, 1923, Prefacio), sino que el romanticismo es también un hecho permanente, en tanto

que representa ciertas formas de la sensibilidad, ciertos poderes de la imaginación reproductiva o creadora, ciertos impulsos morales que tienden hacia el amor universal. Sería pues exacto decir, con H. Peyre, que el romanticismo y el clasicismo no representan más que dos polos del espíritu humano, entre los cuales oscila el movimiento literario de todos los países.

Pero incluso los individuos mismos han oscilado entre esos polos: en su vaivén, encontraban ideas sociales y grupos políticos que sus preferencias y sus predisposiciones les hacían adoptar o combatir, a despecho de sus posiciones literarias. Así pues experimentamos cierta perplejidad cuando, al estudiar el romanticismo social, tratamos de identificar respectivamente a los clásicos y a los románticos con tal o cual orientación política y social.

No existe nada más confuso, en este sentido, que el periodo de 1815 a 1830 —y más adelante tendré ocasión de volver a mencionarlo. Se puede decir que al principio de ese periodo todos los liberales eran clásicos; como se alimentaban de las doctrinas filosóficas del siglo precedente y se hallaban impregnados de su literatura seudoclásica, respetaban las reglas literarias que habían sobrevivido a la Revolución, pero guardaban de esta última el sentido crítico y la pasión republicana. Así pues, vemos a hombres como Jouy, Étienne, Arnault, Jay, etc., que se burlan del entusiasmo de Mme. de Staël y se levantan contra la restauración religiosa intentada por Chateaubriand en su *Genio del cristianismo*.

Sin embargo no todos los clásicos son liberales; muchos de ellos permanecen fieles a la tradición monárquica y católica, que, a sus ojos, posee el mérito inestimable de haber coincidido en su punto culminante con la más auténtica manifestación del clasicismo francés. Semejante tendencia fue representada principalmente por la *Sociedad de las Buenas Letras*, a la que pertenecían muchos jóvenes románticos tales como los tres hermanos Hugo: Abel, Eugène y Victor.

Y es que había muchos románticos católicos, monárquicos e incluso “ultra”. La literatura seudoclásica les aburría; las mujeres, sobre todo, reclamaban algo nuevo, y el sentimentalismo de la joven escuela se aliaba perfectamente con la fe cristiana y monárquica, que estaba tan íntimamente mezclada con la historia nacional y con aquella Edad Media de tanto color, en la que los románticos buscaban sus inspiracio-

nes. Sin embargo, el romanticismo iba bien pronto a identificarse con el liberalismo, tanto en el plano social como en el literario. En época temprana aparecieron, junto a los románticos tradicionalistas, los plebeyos, y si sondeamos a fondo el temperamento de un Hugo o de un Michelet, se encontrará que sentían como si perteneciesen al pueblo cuyas aspiraciones compartían.

Los doctrinarios se aliaban con los románticos en el terreno social, más por la razón que por el sentimiento; estaban firmemente convencidos de que la evolución social y el movimiento literario van unidos, y como eran liberales con entera sinceridad, reconocían como aliadas legítimas las obras más atrevidas del romanticismo, incluso aunque fuesen incapaces de gustar el lirismo y aunque se defendieran contra toda forma de entusiasmo.

A partir de 1830 se simplifica la disposición de las escuelas literarias y de los partidos políticos; más adelante tendré ocasión de volver a tratar este punto a propósito de la prensa literaria (tan bien estudiada por C. des Granges: *La presse littéraire sous la Restauration*, 1907). El carácter social del romanticismo no ha dejado de precisarse y de ampliarse, y aún hoy día es, en definitiva, un debate de orden político y social que dirigen contra el romanticismo sus más apasionados detractores.

LOS ADVERSARIOS DEL ROMANTICISMO

Desde el principio el romanticismo encontró encarnizados adversarios, lo que es una prueba, entre otras muchas, de su vitalidad; aún en nuestros días hay quien ataca, no solamente los caracteres literarios de la escuela o sus ideas sociales, sino también a los hombres. Por otra parte, es curioso comprobar que los antirrománticos militantes han sido y son aún casi todos autores de segundo o tercer orden, espíritus subalternos o libelistas profesionales, en quienes la verbosidad hace las veces de argumentos, de pruebas y de justificación.

De todos los agravios que se le han hecho al romanticismo no recordaré aquí más que aquellos que le afecten más especialmente en su aspecto social. Cuando se le representa como un movimiento antinacional, como el responsable de las revoluciones, como el corruptor de

las almas, se trata de herirlo directamente en su filosofía y en su valor social; pero esta polémica se aleja del asunto de este libro, por lo que no me detendré en ella.

Los diversos reproches que se han dirigido contra el romanticismo pueden reducirse a tres motivos principales de acusación: ser el colmo del mal gusto, representar en sí el mal moral y haber roto con las tradiciones nacionales. A estos tres agravios, repetidos hasta la saciedad por los antirrománticos del siglo xx, añaden éstos el de hacerle responsable de las revoluciones que estallaron en el xix. Ya veremos, al analizar los caracteres esenciales del romanticismo, cuán ilegítimos son esos ataques, hasta el punto de que nos sentimos tentados a veces a dudar de su buena fe.

El antirromanticismo empezó con el mismo romanticismo; y ha habido que esperar hasta 1829 para encontrar una historia imparcial de la escuela, la de E. Ronteix, firmada R. de Toreinx, la cual, desde el principio, fue objeto de irrisión para aquellos que no comprendían en absoluto el romanticismo. En su *Charte du romantisme*, C. Farcy creyó dar prueba de su agudeza al promulgar la siguiente regla. “La cualidad de romántico se perderá en el menor acto literario en que exista una apariencia de sentido común y de razón.” Sin embargo no hay más que leer a los grandes románticos para ver hasta qué punto sigue reinando en ellos la razón, y volver a leer a los clásicos para descubrir que ni el sentimiento ni la imaginación están ausentes de sus obras.

Pero a la poesía nueva, a pesar del hechizo con que colmaba a una juventud ávida, precisamente de todo lo nuevo que aquella le traía, no le otorgaron gracia los retrasados. Se ha podido hacer un volumen con sólo la lista de los “libelos escritos contra Victor Hugo” (A. de Bersaucourt, 1913), desde la famosa imprecación:

*Avec impunité les Hugo font des vers!*⁵

lanzada por aquel Baour-Lormian, que, sin embargo, ¡había traducido a Osían!

Tampoco se libró Lamartine, tan clásico aún en la forma, y Viennet

⁵ Con impunidad hacen versos los Hugo.

—un buen juez, ¿no es verdad?— decía un día en un salón: “¡Lamar-tine!, un fatuo que se cree el primer hombre político de su tiempo y no es siquiera el primer poeta”; pero la sutil Delphine Gay respondió al mezquino fabulista diciéndole: “En todo caso, no es tampoco el último... pues ese lugar está ya tomado”.

Los enemigos de la nueva escuela se complacían en emplear la palabra romántico para designar todo lo que era de notorio mal gusto, y C. Nodier protestaba contra aquella asimilación con lo que él llamaba la literatura frenética; muy pertinentemente atribuía la responsabilidad a Byron, aunque reconocía que era un genio, y sobre todo a sus torpes imitadores, que en ningún modo lo eran. De hecho, a medida que progresaba la producción romántica, se iba afinando, dejando caer los oropeles y los relumbrones, ahondando cada vez más en las profundas fuentes del espíritu francés y de la razón universal.

Pero los adversarios no cejaban; uno de sus temas favoritos era el que en 1825 desarrollaba Cyprien Desmarais, en su *Essai sur le clas-sique et le romantique* y en sus artículos de *Le Constitutionnel*, a saber, que “el romanticismo no es en absoluto ridículo: es una enfermedad como el sonambulismo o la epilepsia. Un romántico es un hombre cuya mente empieza a desvariar”. Duvergier de Hauranne, al comentar el libro, aprobaba esas necedades, que se vuelven a encontrar di-versamente acomodadas en la prensa hostil a los románticos al par que a los liberales, y en muchos discursos o memorias destinados a auditorios académicos, o en escritos para conquistar el sufragio, con todo lo cual se podría hacer una buena antología de juicios grotescos. Un tal Bournot presentó, en 1835, en la Academia de Brandenburgo, de la que era miembro, unas *Reflexiones sobre el romanticismo en la li-teratura francesa* para destruir las apreciaciones favorables a las que él mismo había dado lugar en Alemania, y para demostrar que estaba maculado por todos los vicios morales. Otro, llamado Menche de Loisne, laureado por la Academia del Marne, escribió en 1851 que el romanticismo era “el enemigo del género humano”, y consagró dos-cientas páginas a denunciar sus errores y sus inmoralidades. Un poco más tarde (1859) Sirtéma de Grovestins, creyendo ser un continuador de su compatriota Erasmo en el *Elogio de la locura*, escribió unas *Car-tas sobre la escuela romántica* y un libelo sobre *Las glorias del romanti-cismo*, llenos de imputaciones ridículas que se refieren al pretendido

mal gusto y a la inmoralidad de sus víctimas. Éste no era más que un tipo grotesco, pero Alfredo de Musset no fue tampoco nada justo cuando se burló de sus antiguos amigos en sus *Cartas de Dupuis a Cotonet*.

El supremo reproche que se lanzó contra el romanticismo fue el imputarle orígenes extranjeros. La acusación fue formulada por primera vez con cierta fuerza en *Le Nain Jaune* (20 de diciembre de 1814). Ese periódico liberal —los románticos eran entonces realistas— imaginaba la creación de una confederación romántica; nombraba a sus principales miembros, describía los reglamentos de sus supuestas asambleas y daba como fin de su actividad el sometimiento del genio francés a las influencias extranjeras. El prolijo y confuso vizconde de Saint-Chamans sacó a relucir en 1816 esta tan buena arma en su *Antirromántica*; a partir de entonces ha servido mucho y sigue sirviendo aún, aunque los trabajos de los especialistas de la literatura comparada hayan demostrado la inexactitud de esa imputación.

Sin embargo, parece ser que esa invención cuenta con las preferencias de los modernos adversarios del romanticismo francés, desde Pierre Lasserre, que le consagró su tesis de 1907, hasta el libro de Louis Reynaud (1926), que se esfuerza en llegar hasta unos “orígenes angloalemanes”. Este punto lo examinaré más tarde y con más detalle.

Nuestros modernos antirrománticos están obsesionados por el ridículo fantasma que ellos mismos han hecho del romanticismo para combatirlo mejor, y ya no lo ven más que a través de sus prejuicios y de sus odios. Los títulos de los libros que le consagran denuncian su estado de ánimo: *Le mal romantique*, del barón Seillière, *Le fléau romantique*, del abate Lecigne, que no perdona a ningún autor ni a ninguna obra, *Le stupide XIX siècle*, de León Daudet, etc... Todos ellos abruman a su adversario y creen que le condenan con sus definiciones sumarias. Para Seillière el romanticismo es la “insurrección del sentimiento, o más bien del instinto, contra la razón” y diagnostica en él implacablemente el egotismo patológico, el misticismo avasallador y la decadencia de las facultades superiores. Pierre Lasserre ve y condena en el romanticismo el espíritu revolucionario, mientras que Taine, que en una carta a G. Brandès trataba a los románticos de “charlatanes místicos”, hacía dimanar, por el contrario, toda la Revolución del “es-

píritu clásico”. Como puede verse, los coaligados están lejos de ponerse de acuerdo entre sí, y además muy a menudo sus razonamientos pecan de inexactos; el mejor ejemplo de ello es Brunetière, que dice: “el romanticismo es lirismo, ahora bien, el lirismo es individualismo, y como éste es la fuente de todos nuestros males, resulta que el romanticismo debe ser condenado sin circunstancias atenuantes”. Se le puede conceder a ese razonador que el romanticismo sea lirismo, pero es demasiado equivocarse sobre el lirismo en general y sobre el de los románticos en particular, identificarlo con el individualismo. El lirismo no es sino la exaltación del sentimiento, no sólo a causa de las emociones y de los afectos personales del poeta, sino a propósito de los demás, así como de las ideas filosóficas y de los grandes problemas sociales.

La idea fija de los antirrománticos, que veían en el romanticismo la encarnación del mal, les impidió ver lo que contenía de sano y vigoroso, y no quisieron o no pudieron ver en él más que manifestaciones mórbidas incluso en sus más normales y más inocentes expresiones. Pero mirándolo más de cerca, parece ser que la querrela que se les busca en nuestros tiempos a los románticos es principalmente de orden político, ya que ha resultado, como veremos más tarde, que las preocupaciones sociales de los grandes autores románticos los llevaron hacia la democracia, para acabar por unirlos definitivamente a ella. Asimismo, los reformadores sociales del siglo pasado estaban todos más o menos imbuidos del espíritu romántico, lo cual nos proponemos también hacer ver; así pues todos los adversarios de la democracia debían atacar al romanticismo, y no dejaron de hacerlo, llevando sus ataques hasta Juan Jacobo Rousseau, e incluso más lejos, cuando creyeron que llevaban más a fondo su búsqueda de la paterinidad del monstruo.

Cierto Batauld, oscuro autor de un libro, que durante una temporada hizo algún ruido, dejó escapar la confesión de que estas posiciones, en apariencia literarias y morales, eran de carácter político; en su *Victor Hugo, pontife de la démocratie*, se repetían todos los ataques que, desde la aparición de los cuatro volúmenes tendenciosos y llenos de inexactitudes de Biré, se hicieron contra la persona, las ideas y el genio del “Padre”. Un novelista, Bargone —dice Claude Farrère—, se creyó en el deber de insistir en los ataques y deshacerse en groserías y en vio-